

al ruido del disparo el lacayo, Giorgina y la Condesa, encontraron á Giannina en el suelo y sin dar señales de vida. Ida se arrodilló delante de ella, levantando su cabeza entre sus brazos.

Giorgina y el lacayo echaron á correr tras el bulto que huía; pero la obscuridad era tan completa, que nada vieron, y aterrados con lo sucedido, regresaron al lugar donde se encontraba el cuerpo de la infortunada joven.

El caso era verdaderamente desesperado. La pobre Giannina, arrojando borbotones de sangre por el pecho y privada de sentido fué llevada en brazos al asilo, donde la rodearon desde el primer momento las hermanas aplicándole algunos remedios. También la Condesa y la afligida Ida permanecieron cerca de ella. Giorgina subió al pescante con el cochero y regresó precipitadamente á la ciudad para reclamar, en nombre de la Condesa, los auxilios del más ilustre cirujano, denunciar el hecho á la policía y tratar de hallar las huellas del asesino.

Firmemente convencida de que el delito era obra de la comandrona, ó por lo menos tramado por ella, al volver á la ciudad lo primero que hizo fué pasar por la calle de los Granchí. La casa donde se verificaba el infame tráfico estaba silenciosa y sumida en las tinieblas. Nada sospechoso se veía en aquel tugurio.

Entonces se apresuró á ir á buscar al cirujano á quien cedió el carruaje para que llegase antes.

Luego Giorgina se fué á pie á la Dirección de policía donde dió cuenta de lo ocurrido.



LII

La segunda víctima.

EN el estado de la pobre Giannina se manifestaron pronto los síntomas más peligrosos y más graves: fiebre violenta, fatiga y acceso de delirio.

Reconocida minuciosamente, sobre las costillas se le encontró un agujero redondo, con los bordes quemados y empapados, en sangre y otro del mismo tamaño en la espalda, lo cual revelaba que el proyectil la había atravesado de parte á parte. La desnudaron con prontitud y la aplicaron sobre las heridas un bálsamo para prevenir una inflamación maligna en las heridas, que en efecto tenían la forma ovalada, como producidas por una bala de revólver.

Después de lavadas suavemente las heridas se le colocaron sobre ellas dos apósitos, pero la sangre continuaba brotando gota á gota. Las pobres mujeres que estaban alrededor de su lecho acongojadas, esperaban con ansiedad al médico, angustiadas por aquella tragedia que inesperadamente había ocurrido en la propia Natividad del Señor.

Ida, especialmente, se mostraba apenadísima y tenía que hacer verdaderos esfuerzos sobre sí misma para contener los sollozos que arrancaba á su corazón aquella pobre joven que acababa de dar su vida por salvar la suya.

—¡Pobre Giannina mía!—dijo por último, no pudiendo ya contener su emoción, mientras caía de rodillas á la cabecera de la cama, y tomaba la mano de la herida inundándola de lágrimas.

—¡Pobre Giannina mía! Yo te he asesinado con mi estupidez. Debía haber previsto el peligro y no exponerte á él.

—Ida—interrumpió la Condesa, esforzándose también en dominar el inmenso dolor que sentía...—No digas despropósitos... Ahora hay que tener fortaleza para salvar á Giannina. Esperemos que el Señor nos la devuelva sana y salva... Todas somos inocentes del hecho, y sobre todo tú que habrías dado la vida por salvar la suya... ¿no es cierto?

—¡Oh sí, bien lo sabe Dios!.. ¡Pobre Giannina mía! Me parece que la veo lanzarse al peligro como una leona. ¡Qué momento más terrible! ¡Qué escena más espantosa, santos cielos!

—¿Y tú has visto al asesino?

—¡Era una mujer!

—¿Una mujer?—exclamó la Condesa y con ella las hermanas asombradas.

—Sí, seguramente, una mujer. Primero he visto un reflejo que se movía en la obscuridad, luego el bulto que se echaba encima de Giannina; no le pude ver la cara, pero observé bien claro que era una mujer cuando emprendió la huída.

Aquí todas se callaron, coincidiendo en el pensamiento de que aquella mujer misteriosa fuese la comadrona, ó por lo menos alguna cómplice suya. Pero nadie se atrevió á pronunciar el nombre.

Después de un momento de silencio la Condesa preguntó:

—¿Aquel reflejo que viste moverse en la obscuridad procedía del arma que el asesino tenía en la mano?

—No, no. Le salía del pecho y parecía una cruz de metal como la que llevan las hermanas.

—¡Misericordia! ¿Es posible? Qué alma más malvada,—exclamaron á coro las hermanas.

La Condesa se puso pensativa y dijo:

—Esta es una circunstancia que puede resultar muy importante. Que llamen al lacayo.

Apenas se presentó éste acompañado de la hermana que había ido á buscarle, la Condesa le dijo:

—Toma un farol y anda á ver si encuentras algún objeto en el lugar del crimen. Busca con el mayor cuidado hasta en las cercanías del sitio. Acaso se encuentre algún rastro. Ya sé que no tienes miedo al asesino.

—Ojalá encontrase cerca de mí á esa sierpe infernal. Las pagaba todas juntas.

El lacayo volvió pocos minutos después con el revólver y con la cruz de la cual pendía un trozo de cinta.

El revólver fué encerrado en el cajón de un armario y la cruz resultó ser muy semejante á la que llevaban al pecho las hermanas, aunque no idéntica. Después de haberla examinado atentamente, la Condesa dijo:

—Ahora tenemos la clave que podrá descubrir el misterio. El diablo enseña á hacer; pero no á deshacer. Dios haga que el proverbio resulte verdadero en esta ocasión.

Mientras tanto la infortunada Giannina seguía sin sentido, aunque respiraba con verdadero afán. La fiebre era cada vez más intensa, el pulso más agitado y frecuente y la postración mayor.

Por consiguiente, fué llamado el capellán del *Albergue* que había celebrado la misa y las funciones nocturnas, y que habiéndose retirado á descansar en el ala opuesta del edificio no conocía lo sucedido. Al oír la triste noticia acudió consternado, encontrando á la herida tan grave que empezó á recitarle las preces litúrgicas.

Por fin llegó también el doctor, el cual, después de examinar á la enferma, dedujo que el proyectil había roto una arteria, determinando una hemorragia interna que podía ocasionar la

muerte de un instante á otro. Recomendó que se abriesen las ventanas y las puertas de la habitación, que se evitase todo lo que pudiese excitar á la paciente, sobre todo los rumores y los reflejos vivos. Recetó un unguento para las heridas y se marchó, prometiendo volver al mediodía.

A las preguntas de la Condesa y de Ida sobre si había alguna esperanza de salvarla, alzó los hombros y replicó con una larga explicación científica, manifestando que aquel delirio prolongado le parecía muy mal síntoma porque provenía sin duda de graves lesiones traumáticas, con fiebre purulenta que anunciaban un caso desesperado. Por eso no le asombraría que la herida falleciera antes de la noche.

Cuando el doctor se preparaba á regresar en carruaje, Ida quiso que la Condesa aprovechase la ocasión para retirarse á descansar; pero ésta se negó á abandonar á la pobre víctima temiendo un desenlace funesto.

El mismo temor experimentaban las hermanas, más expertas en el cuidado de los enfermos, al ver los síntomas que presentaba la desdichada joven. Su delirio especialmente era cada vez más intenso y angustioso.

De pronto se incorporó violentamente y apretando los puños, con los ojos en llamas, gritó:

—¡Aquí está! ¡Pronto!... ¡Huya usted señorita! ¡La infame tiene una pistola en la mano!... ¡Ay de mí! Ma ha herido en el pecho... Me ahogo, me muero... ¡Mira como huye!... ¡Es ella! Condesa, señorita... una cruz... ¡Lleva una cruz en el pecho! Debe ser la misma que tenía cuando... ¡No puedo más! ¡Agua..., agua!... ¡Jesús!... ¡Virgen Santísima, salva á mi señorita!... ¡Es una santa! ¡Me ha arrancado del infierno! ¡Yo muero!... ¡Ah!

Y volvió á caer permaneciendo inmóvil como una muerta. Pero su respiración, aunque muy débil, se escuchaba todavía.

Viéndola quieta, la hermana enfermera dijo:

—Me parece que duerme... Si continúa reposando tranquilamente durante una hora es una buena señal.

La Condesa y la acongojada Ida, se arrodillaron rezando con gran fervor, como si aquella pobre doméstica fuese sangre de su sangre.

Pero aquel descanso no era un sueño reparador, sino un estado comatoso de abatimiento y de languidez mortal, pues pronto aparecieron crecientes contracciones nerviosas, irregularidad en el pulso, y por fin el estertor que anunciaba la agonía.

Por lo tanto, se administró á la enferma la Extremaunción y se le rezaron las preces de los agonizantes.

Al despuntar el alba volvió en sí del largo delirio, y aún cuando apenas pudiese pronunciar una palabra, reconoció á la Condesa y á Ida, estrechándoles las manos y mirándolas con ternura indecible.

—¿Sufres mucho?—le dijo suavemente Ida.—La moribunda hizo una señal de asentimiento con la cabeza.

—Has dado la vida por mí; yo rezaré siempre por ti y llevaré tu recuerdo en mi corazón como el de una hermana.

Dos gruesas lágrimas se deslizaron por las pálidas mejillas de la enferma, y una sonrisa de complacencia se dibujó en sus labios.

—¿Perdonas á todos?—le preguntó la Condesa.

—Oh, sí.

—¿Hasta á la que te ha asesinado?

—De todo corazón.

—Basta, no te fatigues. El Señor te dará el cielo.

—Así lo espero—dijo la paciente besando el Crucifijo que le presentaba Ida.

Esta añadió:

—Estás muy mala, y ya te ha sido administrada la Extremaunción.

—Hágase la vo...

—Sí, hágase la voluntad de Dios... Tú has recibido la Comu-
nión esta noche... ¡Qué fortuna ir al Paraíso el día de la Na-
tividad!

Abrió un momento los ojos Giannina, y después se esforzó en
decir:

—Aquella... poca... de ropa... se la dejó á mi pobre... madre.

—Yo la atenderé mientras viva—replicó la Condesa.

El sacerdote se acercó á la moribunda para darle por última
vez la absolución, con la bendición apostólica *in articulo
mortis*.

En el postrer beso al Crucifijo se extinguió su último destello
de vida, y su último aliento se transfiguró en una sonrisa que
permaneció impresa en el rostro de la difunta, como un reflejo
de la gloria.

Cuando vino la justicia, para examinar las circunstancias del
delito y tomar declaración á la víctima, ésta había dejado de
existir.

Como la noticia del delito, apenas conocida en la ciudad, ha-
bía producido en todas partes un sentimiento de horror, los fu-
nerales de la pobre víctima resultaron una verdadera manifesta-
ción general de duelo.

Tan largo era el cortejo, las filas del público tan apretadas
que se agrupaban en las calles por donde tenía que pasar el
féretro, que bien se puede decir sin exageración, que la ciudad
entera, como una sola familia, tomaba parte en el piadoso con-
voy para honrar la memoria de aquella pobre hija del pueblo,
haciendo público homenaje á la nobleza y grandeza moral de
su sacrificio.

La presidenta de la *Alianza*, con todas las personas del Con-
sejo, intervino oficialmente en las exequias. Ida, transida de do-
lor, hizo poner sobre el mármol de su sepulcro esta inscrip-
ción:

AQUÍ YACE
GIANNINA MAGLIONI

PRIMERA . EMPLEADA . DE LA ALIANZA
NACIONAL . FUÉ ENGAÑADA POR
LA TRATA DE BLANCAS . VÍCTIMA
INOCENTE . ANHELÓ INMOLARSE POR
SU LIBERADORA . RECIBIÓ MUERTE
HEROICA EN UN FEROS ATENTADO.

R. I. P.

Se decía después que aquella pobre aldeana, doméstica de
profesión, por la nobleza y grandeza de su ánimo, merecía muer-
ta un mausoleo real, y en vida toda la grandeza de la tierra; pero
que la Divina justicia ya le había dado más que esto en el cielo.

Giorgina, inconsolable por la pérdida de aquella que amaba
como á una hermana, solía decir:

—Una sola cosa no puedo perdonarla; que me haya arrebatado
el derecho de morir por la señorita.

Y la Condesa repetía de vez en cuando:

—*La Alianza* será bendecida por el Señor, porque ha dado ya
al cielo una mártir.



LIII

Dios no paga el sábado.

Con el primer correo de Navidad el Director de policía recibió la siguiente carta:

«*Ilmo. Sr. Director.*

Vispera de Navidad 10 de la noche.

»*El que suscribe acaba de descubrir una conjura, tramada contra la Condesa Storni, presidenta de la ALIANZA, y contra Ida Piumetti, secretaria suya, pero no puede denunciar á la autoridad más que por medio de esta carta anónima, sin exponerse á una feroz venganza de los conjurados. Estos han acordado la muerte de las dos pobres víctimas, y están en este momento acechando la manera de llevar á cabo su infame proyecto.*

»*El doble asesinato fué urdido por motivos de rivalidad y de antagonismo religioso y político, relacionados con el movimiento feminista. La presidenta de la LIGA FEMINISTA ITALIANA y su abogado predilecto Brandini, deben saber algo de esto. Las huellas del delito que se prepara, podrían encontrarse en casa de una vieja adivinadora, que vive en una aldea fuera de la Puerta de San Martín, y á quien los vecinos llaman «la bruja.»*

»*No pierda V. I. el tiempo en buscar al autor de la presente, porque todos sus agentes jamás llegarán á encontrarlo.*

La carta estaba escrita á máquina.

Al propio tiempo el mismo funcionario recibió la noticia del atentado de aquella noche, de la muerte de la víctima, de las voces que corrían acusando del delito, por lo menos como instigadora de él, á la partera Lucía Trecoppe, y luego le fueron mostrados el revólver y la cruz encontradas en el lugar del crimen.

Un guardia nocturno añadió que hacia las tres de la madrugada, había visto de lejos dos sombras, como las de dos mujeres, montadas en bicicleta, entrar en la ciudad por la parte opuesta al lugar donde se cometiera el delito, y correr hacia el barrio donde vivía la comadrona, deteniéndose enfrente de un buzón público de correos y echando en él un papel.

Después vino á ver al Director de policía, Giorgina, la cual le enseñó la instantánea de la comadrona que, como recordarán los lectores, había sido hecha á instancias de la Condesa durante la excursión de la bruja para abastecer su infame tráfico.

Por todos estos indicios sacó el funcionario una primera impresión del presunto autor del crimen. Por lo tanto, llamó á uno de sus delegados, ordenándole que vigilara á la comadrona, deteniéndola en el caso de que tratara de huir.

Luego preguntó á los dos agentes más aptos de la policía secreta la opinión que les merecía la Trecoppe. Uno de ellos respondió que aunque no había podido probarse nada hasta el presente, la consideraba capaz de los mayores delitos. El otro se expresó casi en los propios términos.

Mandó también un delegado á casa de la Condesa á informarse, si en el caso de una acción penal, podría aducir razones para demostrar la animosidad de la comadrona hacia la Alianza. La Condesa manifestó que tenía materia sobrada para intentar un proceso criminal.

Ultimamente, examinada por un perito la cruz que llevaba la

fotografía con la encontrada en el lugar del crimen, el perito declaró que ambas cruces se correspondían perfectamente.

De todo esto, el funcionario dedujo que la Trecoppe era autora ó instigadora del delito y que era ella misma la persona que le había enviado la carta anónima.

Aquella misma noche dictó el Juez el auto de prisión de la partera Lucía Trecoppe, recibiendo tres agentes el encargo de cumplimentarlo.

No obstante, la comadrona, que esperaba la visita de la policía, había dispuesto las cosas hábilmente, para despistar á la justicia.

Apenas advirtió la comadrona que había herido gravemente á Giannina y que Ida resultaba ilesa, su único pensamiento fué el de huir, enviar la carta al Director de policía, meterse en su casa tranquilamente para reflexionar sobre las nuevas condiciones en que iba á encontrarse, por el inusitado desenlace de la infame aventura.

En el largo trayecto que recorrió huyendo en bicicleta con la directora, hasta llegar á la primera puerta de la ciudad, y dar después la vuelta por el camino de circunvalación, le contó á su compañera en voz baja el éxito frustrado del encuentro, añadiendo fríamente:

—Por un punto fray Martín perdió la capa; pero yo no me dejó burlar fácilmente. Mañana, es decir, hoy día de Navidad, lo sabrán todo mis queridos amigos los polizontes. Yo me encargaré de dejarles con un palmo de boca abierta.

No dijo más hasta llegar á casa, mientras su compañera balbuceaba algunas frases incoherentes, pensando en los males que le pudieran sobrevenir por haberse mezclado en aquella aventura peligrosa, y las ventajas que podría sacar dejando á la comadrona sola en el porvenir.

Echada la carta en el buzón, entraron en la casa como habían salido, por la puerta falsa, y al retirarse á descansar, dijo la comadrona:

—La noche es buena consejera. Yo voy á fingir que duermo mientras pienso en la manera de salir del paso. Entretanto, tú duermes tranquilamente; yo te despertaré cuando sea hora, y entonces ambas decidiremos sobre la manera de ocultar el rastro á todo el mundo.

Dominada por el temor de ser descubierta y el miedo de un proceso y de una condena criminal, que ahora había vuelto á apoderarse de su ánimo, la comadrona, cuando se encontró sola, examinó fríamente las condiciones en que se hallaba, determinando, ante todo, no caer más que muerta ó moribunda en manos de la justicia. Decidió, por tanto, tomar en el momento supremo, las pastillas de sublimado que tenía preparadas.

—Es preferible—decía—acabar con un acto de valor, que exponerse al suplicio prolongado, á la lenta agonía de todas las vejaciones que ahora me están preparando mis enemigos y mis falsos amigos. Mejor morir que ir á presidio.

Sabía, ó por lo menos temía, que esta fuese la conclusión del proceso. Luego se hacía la ilusión de que no quedaba vestigio alguno de su delito, porque nadie la había visto, excepto Giannina, á quien consideraba muerta. Y en semejante juicio vino á confirmarla la noticia de que su víctima había expirado antes de que la justicia le hubiese tomado declaración. Acerca de la cruz, perdida en el encuentro, la comadrona lo consideraba como un buen indicio, porque despistaría á la policía en sus indagaciones.

Resolvió, por consiguiente, estar alerta para ver el giro que tomaban las cosas, pronta á morir cuando quisiesen capturarla. Resuelta á defenderse astutamente y á cargar sobre los demás las responsabilidades si fuese llamada como testigo en la causa, tenía la más absoluta confianza en conseguir su objeto, apartando las sospechas de la policía y haciéndolas recaer sobre las personas denunciadas por ella.

Quien hubiese podido penetrar hasta el fondo de su corazón, habría visto que esta esperanza de salvación se había fomentado en ella por el miedo al suicidio. Pues aunque trataba de ocultarlo, el hecho es que la idea de la muerte, la aterrizzaba mucho.

El astuto delegado, á quien se confiara la ejecución del mandato de captura, diestro como era en su profesión, sabía que en la mayor parte de los casos, las mujeres, más que á la resistencia, recurren á la astucia, y que cuando la comadrona se percatara de que iba á caer en la boca del lobo, al verse perdida podía intentar un golpe desesperado.

Deseando, pues, prevenir tal peligro y coger viva y sana á la liebre en su cama, aguardó que fuese de noche y dió orden á sus agentes, que vigilasen sin dejarse ver, después montó en un automóvil, vestido como un *dandy* inglés. Llegado delante de la casa, y tras de haber llamado á la campanilla y habiéndole abierto la puerta la vieja de marras, le preguntó con acento y pronunciación anglo-sajona, si podía ver á la dueña.

La vieja, que conocía la predilección que la comadrona experimentaba hacia los ingleses, le condujo en el acto al saloncillo, mientras ella entraba en el gabinete de la señora para anunciarle.

Pero el bravo policía entró detrás de ella y colocándose frente á la comadrona, le preguntó:

—¿Es usted la señora Trecoppe, dueña de la casa?

—A sus órdenes.

—Vengo á rogarle que tenga usted la bondad de acompañarme á casa del señor Director de policía, para darle algunas explicaciones sobre orden público.

La comadrona palideció, reconociendo en aquella invitación una orden de arresto. Pero trató de vencerse y dijo con tono tranquilo:

—¿Por qué ahora? Mañana lo veré.

—El negocio es urgente y no admite dilación.

—¿Por qué no dice usted que trae una orden de arresto?

—Cierto, léala usted, dijo su interlocutor presentándola un papel.

Fría en apariencia y tranquila como antes, la comadrona echó una ojeada sobre la orden, y con otra ojeada dirigida al delegado, dijo con voz cariñosa, acompañada de un extraño movimiento de los ojos y de una sonrisa dulce:

—Me disgusta salir en hora tan desusada... Además, no me siento bien... Me consideraría tan dichosa en mostrar á usted mi agradecimiento, añadió recalcando con intención estas últimas palabras... Si pudiera usted diferir la visita hasta mañana... Podía usted dejar los guardias á la puerta.

—También á mí me disgusta—replicó el otro, con un tono no menos intencionado;—pero no puedo pasar por otro camino... Conque, vamos.

Y se puso en pié. La comadrona cambió nuevamente de color, y permaneció sentada porque le temblaban las piernas; pero de pronto se repuso y alzándose, dijo:

—Voy á ponerme un sombrero y un abrigo. En seguida vuelvo.

Y al decir esto, abrió prontamente la puerta y entró por ella tratando de cerrarla. Pero el delegado se le fué encima y la agarró por los hombros.

—Perdone usted si la molesto, pero no la dejo entrar si no enciende la luz. ¿Comprende usted?

—Comprendo,—añadió la comadrona;—se me trata como á una criminal.

—¡Bah!—replicó el otro, cuando la comadrona hizo girar la llave eléctrica.

Después, ambos callaron. La comadrona se colocaba el sombrero sobre la cabeza y luego sacó del armario un abrigo. Pero mientras se ponía el boa y los guantes, volviendo las espaldas

al delegado, sacó diestramente del bolsillo una cajita y abriéndola sin hacer ruido, se preparaba á sacar de ella algunas pastillas de sublimado, cuando su ángel custodio, que no la perdía de vista, la agarró la mano, apretándosela con tal fuerza, que la obligó á soltar la caja y las pastillas. Entonces se metió ambos objetos en el bolsillo diciendo:

—Esto no es ropa.

—Es un medicamento para calmar los nervios.

—Más adelante se le dará á usted.

Viéndose ya perdida, la comadrona se enfureció, y revolviéndose como una serpiente, gritó desesperada:

—¿Qué modos son estos? Venir á insultarme en mi propia casa... Conque, acabemos... Yo no tengo que hacer con la policía. Si no se me deja en paz descubriré muchas infamias.

—Acabemos, pues... Usted se viene conmigo sin hacer resistencia; yo la conduzco en automóvil á la Dirección sin que nadie nos vea. En otro caso, me veré obligado á llamar á los guardias. Elija usted.

A estas palabras, pronunciadas con solemnidad policíaca, la comadrona se aquietó.

—Vamos, dijo.

El delegado la obligó á salir primero para vigilarla de cerca.

Atravesaron el saloncillo, descendieron por la escalera y al salir dijo la comadrona á la vieja portera:

—Dí á la directora que esta noche permanezco fuera de casa y que mañana nos veremos ó tendrá noticias mías.

Por la cara seria del ama, la vieja comprendió que algo grave ocurría, y fué á dar aviso de ello á la directora.

Pero ésta, que después del atentado estaba alerta, había visto algunas sombras sospechosas en las inmediaciones de la casa y luego detenerse un automóvil. Cuando vió salir á la comadrona y á su ángel custodio respiró con libertad, diciendo á la vieja que venía á indicarle sus sospechas:

— Cuando los ingleses andan en danza, la ganancia es segura... Mañana lo sabremos. Entretanto, ten cuidado con la puerta y no admitas más que personas seguras. En caso de duda, avísame á mí... Todas las precauciones son pocas.

Después oyó el ruido del automóvil que se alejaba.

Entonces volvió á respirar con fuerza, y dijo:

—Qué fortuna. Hasta ahora he tenido más suerte que juicio... ¿Por qué me habré embarcado en semejante empresa? Ahora conviene reparar la falta. Cuando el ama navegue perdida, yo buscaré un puerto de refugio... La caridad bien entendida principia por una misma. Pero en fin, mientras hay esperanza, hay vida. Ella hará toda clase de esfuerzos para defenderse y para defenderme á mí también. Conque por ahora no hay prisa... Estaré alerta, de todos modos.

Al día siguiente, y habiendo sabido de buena tinta que los asuntos de la comadrona tomaban muy mal aspecto y que la autoridad judicial iba á practicar un registro en la casa, la directora recogió diligentemente los objetos de valor y el dinero, y desapareció sin dejar rastro.